

MARROQUÍN RICAURTE, JOSÉ MANUEL (1827-1908)

POESÍA

AL SR. JOAQUÍN PABLO POSADA.

Mas vale tarde que...diablo!  
Quede la sentencia trunca,  
Porque ese maldito nunca  
Es inrimable vocablo.

Ya creo ver, Joaquín Pablo,  
Que la risa se te asoma  
Con el inrimable: “¡Toma!  
Dirás, si es en disparate !“  
Mas ¿no le es lícito a un vate  
Enriquecer el idioma?

Sí, responde Horacio Flaco,  
Licuit, semperque licebit,  
En la oda In cithara flevit....  
Que escribió en loor de Baco.

Y por si no echaste en saco  
Roto la cita que viste  
Arriba, y ánimo hiciste  
De ir luego la oda a buscar,  
Te advierto que mi ejemplar

Es el único que existe.  
Sin duda que ya supones  
Por qué puse aquel refrán,  
Que dio ocasión para tan

Fastidiosas digresiones.  
Espero que me perdones  
Lo muy mal que me he portado,  
No habiéndote contestado  
Tu carta oportunamente,  
Y por cierto que al presente  
Lo hago muy avergonzado.

Mas, diré que, sin embargo,  
De que confieso mi culpa,  
Tengo muy buena disculpa  
Para un silencio tan largo.

Yo me decía (hazte cargo  
De situación tan penosa)  
Que contestarte a ti en prosa  
Era, Joaquín, cosa fuerte,  
Y también que responderte  
En verso era fuerte cosa.

Una regla de Nebrija,  
Tocante a toda respuesta  
Me da a entender que para esta  
Es fuerza que el verso elija.

Mas, cuando yo le dirija  
Mis décimas a Posada,  
Él con una carcajada  
Dirá: “Décimas e mí!  
Y si lo dijere así  
Será con razón sobrada.

Escribirle (yo decía  
Así para mi colete)  
A ese hombre un solo cuarteto  
Es inaudita osadía.  
Casi lo mismo sería  
Dedicarle a Galileo  
Un opúsculo en hebreo  
Sobre la gravitación,  
U otro en inglés a Newton,  
O en egipcio a Tolomeo.

Y cuando en hebreo he dicho  
En la estrofa que precede,  
Lo he dicho, Joaquín, adrede  
Y no por mero capricho.  
Siendo el sabio susodicho  
Galileo, y Galilea  
Una parte de Judea,  
Donde se hablaba el hebreo,  
No pudo hablar Galileo  
Otra lengua que la hebrea.

Pues bien, Joaquín, te decía  
Que yo decía entre mí,  
Que escribirte en verso e ti  
Era inaudita osadía.

Mas, fuera descortesía  
El dejar de responderte,  
Y además no hay otra suerte  
De escritos que en verso o prosa,  
Y tú en una y otra cosa  
Eres igualmente fuerte.

Conque así, si te escribiera  
En prosa, procedería  
Con no menor osadía  
Que de aquella otra manera.

Mas, según ya dije, fuera  
El callar poco, cortés;  
Y así prefiero me des  
El título de atrevido  
Mil veces, a ser tenido  
Por ingrato y descortés.  
Ni ha sido tan solamente  
El temor de que te he hablado  
Lo que darte me ha estorbado  
Respuesta oportunamente.

Te confieso francamente  
Que una décima como esta,  
Muy raras veces me cuesta.  
Menos de dos trasnochadas.  
Hasta ahora, mal contadas,  
Veinte cuesta esta respuesta.

Al fondo de la cuestión  
Es ya justo que pasemos:  
Once décimas tenemos  
En sola la introducción.  
Once décimas, que son  
Quebrado impropio, y pluguiera  
Al cielo que no tuviera  
Mi carta otra impropiedad,  
Pues en este a la verdad  
Incurriría cualquiera.

Con tu carta recibí  
Los que ahora llamaré

“Versos” a secas, ya que  
Quieres llamarlos así,  
Tu buen gusto conocí  
Citando supe los hacías  
Publicar, y que elegías  
Un título tan modesto.  
¡Qué bien se conoce en esto  
¡Que de veras son poesías!  
Tú procediste al revés  
De muchos vates ramplones,  
Que hacen coplas a montones,  
Mas sin cabeza ni pies,  
Y que publican después

Su sarta de desatinos  
Con títulos peregrinos  
Y pomposos: Armonías,  
Inspiraciones, poesías,-  
himnos o cantos andinos.  
Sin duda me llamarás  
El hombre de los paréntesis...  
Detente, pluma, detente,  
Que a comprometerme vas.  
Iba a decir que dirás

Que yo divago en exceso:  
Pues mira. Joaquín, en eso  
Los dos nos asemejamos;  
Pero ¿y qué? ¿acaso estamos  
Perorando en el Congreso?

No obstante será razón  
Llamarme yo mismo al orden,  
Para que por fin se aborden  
Los asuntos en cuestión.  
Te diré en contestación  
A tu carta remisoria  
De aquel libro que es tu gloria,  
Que ya adornaban desde antes  
El volumen mis estantes,  
Y los versos mi memoria.

Yo con religiosidad

Guardaré el libro precioso,  
Que me ofreces cariñoso  
Como prenda da amistad.  
Mis nietos con vanidad,  
Y vanidad bien fundada,  
En son de fanfarronada  
Dirán, mostrando el cuaderno:

“A nuestro abuelo paterno  
Se lo dio el mismo Posada.  
No fué malo el desenlace  
Del asunto de le pasta  
Del libro de “Versos,” y hasta  
Te aseguro que me place.  
Dicen que el hábito no hace  
Al monje, y añadido yo:  
“Ni el forro al libro,” y te dio  
La falta de forro pata  
Para hacer una posdata

Que vale toda un Chocó.  
A la verdad, me sonrojo  
De haberle metido a un verso  
Cierta vocablo perverso  
Porque no quedara cejo.  
No lo hayas, no por enojo,  
Que a mano otra voz no hallé,  
Y si así no fuera, a fe  
Que para que se me echara  
Esa grosería en cara  
Nunca hubiera dado pié.

Al cabo, burla burlando,  
He contestado tu carta,  
En versos, que no sin harta  
Vergüenza mía te mando;  
Mas cobro aliento pensando  
Que ellos, al cabo y al fin,  
Van dirigidos, Joaquín,  
No a demostrarte el talento,  
Sino el agradecimiento  
De tu amigo  
MARROQUÍN.

## LOS CAZADORES Y LA PERILLA

Es flaca sobre manera  
Toda humana, previsión,  
Pues en mas de una ocasión  
Sale lo quo no se espera.

Salió al campo una mañana  
Un experto cazador,  
El mas hábil y el mejor  
Alumno que tuvo Diana.

Seguiale gran cuadrilla  
De ejercitados monteros,  
De ojeadores, ballesteros  
Y de mozos de trailla:

Van todos apercebidos  
Con las armas necesarias,  
Y llevan de castas varias  
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,  
Cornetas de monte; en fin,  
Cuanto exigen Moratin  
Es su poema "La Caza."

Levantán pronto una pieza,  
Un jabalí corpulento,  
Que huye veloz, rabo a viento,  
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla  
Tras la cerdosa alimaña;  
Pero ella se da tal maña  
Que a todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día  
En paradas, idas, vueltas,  
Y carreras y revueltas,  
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores  
Han visto de qué manera  
Pudo burlarse la fiera  
De los tales cazadores

Oigan lo que aconteció,  
Y aunque es suceso que admira  
No piensen, no, que es mentira,  
Que lo cuenta quien lo vio.

Al pié de uno de los cerros  
Que batieron aquel día,  
Una viejilla vivía,  
Que oyó ladrar a los perros;

Y con gana de saber  
n qué paraba la fiesta  
ba subiendo la cuesta,  
A eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla.  
Mas, sin pasar adelante,  
Es preciso que un instante  
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana  
Y entre perras protoperra,  
Era tenida en su tierra  
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,  
El mas flaco de los canes,  
Era el rastro, eran los manes  
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era..., digo mal,  
No era una perra sarnosa,  
Era una sarna perrosa  
Y en figura de animal;  
Era, otrosí, derrengada;  
La derribaba un resuello:  
Puede decirse que aquello  
No era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola  
La vieja al cerro subía,  
De la perra en compañía,  
Que era lo mismo que ir sola  
Por donde iba, hizo la suerte  
Que se hubiese el jabalí

Escondido, por sí así  
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego  
Que por ahí andaba gente,  
Tuvo por cosa prudente  
Tomar las de Villadiego:  
La vieja entónces al ver  
Que escapaba por la loma,  
Sus! dijo por pura broma,  
Y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,  
Sombra de perra que fué,  
De la cual se dijo que  
No era perra ni era nada,  
Aquella perrilla, sí,  
Cosa es de volverse loco!  
No pudo coger tampoco  
Al maldito jabalí.

## TU NOMBRE

(A mi amada)

Templan los vates para ti su lira;  
Las hermosas envidian tu hermosura,  
Y escoge por modelo la Pintura  
Tu rostro encantador que al genio inspira.

Bella te nombra quien por ti suspira,  
Y admirara tu angélica figura  
Quien no te amara a ti, sí por ventura  
Pudiera no adorarte quien te mira.

Yo reconozco tu belleza rara;  
Pero también confesaré, señora,  
Que aunque no fueras bella, te adorara;

Que lo que a mí me rinde y me enamora,  
Lo que hallo mas perfecto que tu cara  
Es tu nombre, dulcísima Melchora.

## EL CERDO Y EL GORRIÓN

### *Fábula*

Un gorrión simplecillo  
Prendido entre las redes  
Que ocultó entre las matas  
Un cazador aleve,

Clamaba por auxilio  
Mientras por desprenderse  
Luchaba, aleteando  
Desesperadamente.

Pasó por fin un puerco  
Gruñendo, como suelen  
Todos los animales  
De la cerdosa especie;

Y oyendo aquellos ayes  
Que a compasión le mueven,  
Con hocico y pezuñas -  
Despedazar pretende

Los nudos y los hilos  
De las traidoras redes;  
Pero, como el marrano  
Tan poca maña tiene,

Según lo han observado  
Naturalistas célebres,  
Dejarle a otro la empresa  
Contempla mas prudente

Y en un fangoso charco  
Se zampa hasta el gollete.  
Si al inocente mísero  
Socorro dar pretendes,  
Pretendes dar socorro  
Al mísero inocente.

### EPIGRAMA

Hizo un retrato RAMÓN

TORRES, como de su mano,  
De un médico cirujano  
De inmensa reputación

Se lo mostró a una beata,  
Y ella en lugar de exclamar  
“No le falta mas que hablar:  
Lo que dijo fué: “ya mata!”

EN UN ÁLBUM.

¿Quieres deje aquí pruebas  
De mi buen gusto?  
Pues aquí dejo escrito:  
“Me gustas mucho”.

DIALOGO MONOSILÁBICO

Di, Luz, mi bien ¿tu me das  
Un no? ¿qué va a ser de mí?~  
—Yo no'te doy un no Blas. ...  
—Pues bien, mi Luz, y ¿qué mas?  
—Yo te doy, mi Blas, un sí.

LA VIDA DEL CAMPO

(A mí amigo el Señor Santiago Pérez.)

Oh! ¡cuántos que en ciudades populosas  
Vida agitada y turbulenta pasan  
Envidian la quietud de mi retiro  
Y mí choza pajiza y solitaria

Ay amigo! quizás ignoran ellos  
¡Afortunado yo si lo ignoran!  
Que las penas se albergan en las chozas  
Como en ciudades y opulentas casas!

Quien no lleva consigo la ventura,  
Ora viva en palacio, ora en cabaña,  
En vano busca fuera de sí mismo

El bien supremo de la paz del alma.

Al pié de las colinas más hermosas  
De todas las que ciñen la Sabana,  
Que con los prados en verdor compiten  
Y en la vistosa variedad y gala,

Y en paraje repuesto y escondido  
Hice mi alegre y rústica morada  
A sus pies se dilata una llanura  
Que las mieses y flores engalanan

Los árboles robustos y frondosos  
Dejan caer sus undulantes ramas  
Sobre el techo pajizo de mi choza,  
Y abrigo ofrecen y su sombra grata

Pájaros mil que entre su copa anidan  
Me despiertan cantando a la mañana;  
Y en su follaje, al declinar el día,  
Suspiran melancólicas las auras.

Un arroyuelo rápido y sonoro  
Desde la cumbre de la sierra baja  
A ofrecerme sus aguas cristalinas,  
Por un lecho de guijas y esmeraldas.

Mi esposa tierna, mi sin par esposa,  
Disfrutando también bellezas tantas,  
Vida les da y el seductor hechizo  
Que, para mí, sin ella, a todo falta;

La esposa tierna, la sin par esposa,  
A quien adora arrebatada el alma  
Por quien conserva el corazón enteras  
Las ilusiones de la edad pasada.

Por la mañana, cuando el sol la cumbre  
Empieza a iluminar de las montañas,  
Salto del lecho y en el campo aspiro  
Frescas y vivas y fragantes auras.

La vista vuelta hacía el vecino prado,  
Miro venir las mugidoras vacas  
En busca de los tiernos becerrillos,  
Que hambrientos las esperan y las llaman,

Ellas me brindan la sabrosa leche,  
Que en los sonoros tarros ordeñada,

Forma ligeros copos de alba espuma,  
Que crece y por los bordee se derrame.  
Luego me llevan lejos las tareas  
A que su vida el labrador consagra,

Y cuando acaban, al caer la tarde,  
Me vuelvo a descansar en mi cabaña.  
Al volver, me divisan desde lejos  
Mis fieles perros que le choza guardan,

Y salen e mi encuentro cariñosos,  
Y, en torno mío, alborozados saltan.  
¡Cuánto al que tiene corazón sensible  
Es grato, amigo, conocer que le aman,

Que, ausente, le recuerdan con cariño  
Y que su vuelta con anhelo aguardan!  
Salen también gozosos a mi encuentro  
Mis tiernos hijos, prendas de mi alma,

El pecho a enajenar con sus caricias  
Y sus amables e infantiles gracias.

Al recibir al sol que va a esconderse  
Tiende el ocaso sus pomposas galas  
De vivísimos tintes luminosos,  
De rosa y oro y de zafiro y grana.

Y esa escena que pasma cada día  
Cual si por vez primera se admirara,  
Siempre sublime, pero nueva siempre.,  
Al través la contemplo de las ramas.

En tan plácida hora mis ovejas,  
Que pacían dispenses en la falda  
De la sierra vecina, se reúnen  
Y vienen al redil apresuradas.

Llega la noche al fin, ¡oh cuán hermosas!  
Son las noches de luna en mi cabaña  
¡Qué plácida tristeza comunica  
Su lumbre a les campiñas solitarias.

¡Dichoso asilo, si perenne fuera  
Tanta risueña amenidad y calma!  
¡Dichoso yo si, esenta de inquietudes,  
Siempre pudiera el anima gozarlas

Mas ¡ay! que muchas veces pavorosa  
Sobreviene en la tarde la borrasca;  
El ánimo conturba, y las campiñas  
Despoja de atractivos y de galas.

En los cercanos montes y en los valles  
Los desatados huracanes braman  
Y arrastrar en su rápida carrera  
Los árboles y chozas amenazan.

Sigue la noche lóbrega: en los campos  
Reina siniestra y pavorosa calma,  
Y solo turba el lúgubre silencio  
El torrente que ruge en la cañada.

Así también mil veces en mi vida  
Esenta de ambición y retirada,  
Las negras inquietudes y zozobras  
La calma de mi espíritu arrebatan.

Quien no lleve consigo la ventura,  
Ora viva en palacio, ora en cabaña,  
En vano busca fuere de sí mismo  
El bien supremo de la paz del alma.

## LA PERRILLA

Es flaca sobremanera  
toda humana previsión,  
pues en más de una ocasión  
sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana  
un experto cazador,  
el más hábil y el mejor  
alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla

de ejercitados monteros,  
de ojeadores, ballesteros  
y de mozos de traílla.

Van todos apercebidos  
con las armas necesarias,  
y llevan de castas varias  
perros diestros y atrevidos,

caballos de noble raza,  
cornetas de monte, en fin,  
cuanto exige Moratin  
en su poema La Caza.

Levantán pronto una pieza,  
un jabalí corpulento,  
que huye veloz, rabo al viento,  
y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla  
tras la cerdosa alimaña;  
pero ella se da tal maña  
que a todos los aturulla;

y aunque gastan todo el día  
en paradas, idas, vueltas,  
y carreras y revueltas,  
es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores  
han visto de qué manera  
pudo burlarse la fiera  
de los tales cazadores,

oigan lo que aconteció,  
y aunque es suceso que admira,  
no piensen, no, que es mentira,  
que lo cuenta quien lo vio,

Al pie de uno de los cerros  
que batieron aquel día,  
una viejilla vivía,  
que oyó ladrar a los perros;

y con gana de saber  
en qué paraba la fiesta,

iba subiendo la cuesta  
a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla,  
mas, sin pasar adelante,  
es preciso que un instante  
gastemos en describilla:

perra de canes decana  
y entre perras protoperra,  
era tenida en su tierra  
por perra antediluviana;

flaco era el animalejo,  
el más flaco de los canes,  
era el rastro, eran los manes  
de un cuasi-semi-ex-gozquejo;

sarnosa era, digo mal,  
no era una perra sarnosa,  
era una sarna perrosa,  
y en figura de animal;

era, otrosí, derrengada;  
la derribaba un resuello;  
puede decirse que aquello  
no era perra ni era nada.

A ver pues la batahola  
la vieja al cerro subía,  
de la perra en compañía,  
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte  
que se hubiese el jabalí  
escondido, por si así  
se libraba de la muerte.

Empero, sintiendo luego  
que por ahí andaba gente,  
tuvo por cosa prudente  
tomar las de Villadiego.

La vieja entonces, al ver  
que escapaba por la loma,  
¡sus! dijo por pura broma,

y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,  
sombra de perra que fue,  
de la cual se dijo que  
no era perra ni era nada,

aquella perrilla, sí,  
cosa es de volverse loco,  
no pudo coger tampoco  
al maldito jabalí.

FIN